

SELECTA

REVISTA MENSUAL, LITERARIA Y ARTISTICA

Año I.—Núm. 3

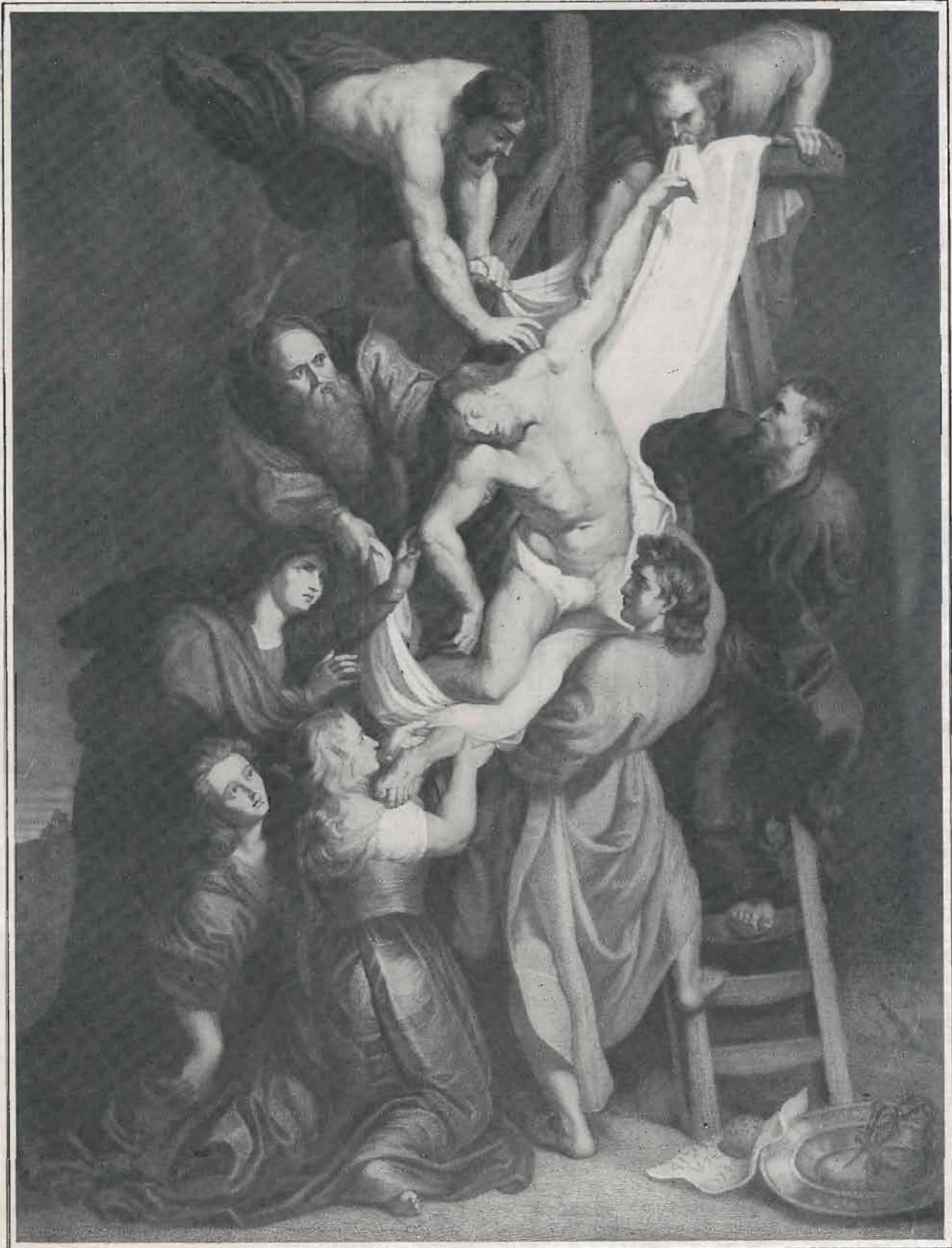
EMPRESA ZIG-ZAG
EDITORES PROPIETARIOS:

Santiago de Chile, Junio de 1909

DIRECCION:
CALLE TRATINOS 666

Precio: 1 peso

LAS OBRAS MAESTRAS DE PINTURA



EL DESCENDIMIENTO.—Cuadro de Rubens

HECHOS Y NOTAS

LOS VIAJEROS

EL afán de los viajes se ha generalizado cada día más, desde aquel en que fueron desterradas las diligencias para sustituirlas por los ferrocarriles y vapores, á pesar de que no faltaron, entre nosotros, quienes combateran las vías férreas en nombre de la protección á la industria nacional de carretas. Todos quieren viajar y, sobretodo, como el personaje de la última novela de Blest Gana, se despeitan por "ir á gozar en París" la "vida coita y buena". Y al cabo de un año se nos aparecen, los hombres, con unas corbatas multicolores, unos gabanes muy largos ó muy cortos, y las señoras con unos sombreros tan grandes que, colocados en el suelo, pueden usarse como biombos. Y después de tanto viajar, resulta que no han visto nada, que no conocen nada, salvo la Torre Eiffel, el Palais de Glace ó el Café de Maxim. Uno que otro ha recorrido los Museos al galope, y como no tenfa considerable preparación artística, suele volver con la desagradable noticia de que la Venus de Milo no le agrada "porque no tiene brazos".

Otros señores suelen considerar la civilización europea desde un punto de vista extraordinario.

—"¡Qué tierra esa de los gabachos, hijito! me decía uno. No hay como París... en ninguna otra tierra he probado bisteques más jugosos..."

En cambio, cierto doctor, que cuando muchacho se daba infulas de hombre corrido, agregaba, guiñando el ojo: "A París hay que ir soltero. El que se va con su mujer, se parece á los que van á un banquete llevando un sandwich en el bolsillo".

Esto es, sobre poco más ó menos, la filosofía de los viajeros nacionales.

No comprenden el encanto singular de aquellas civilizaciones superiores, su gracia frívola y elegante, si bien sufren su fascinación irresistible.

Existe en París constantemente un grupo de extranjeros mezclados al núcleo de la sociedad parisiense, ya sea bajo un régimen como el del Segundo Imperio, ya sea en otro como el de la República. Esos llevan nombres ilustres como los Grim, los Galiani, los Walpole, el duque de Villahermosa, en el siglo XVIII; Lord Seymour, el Príncipe de Gales, Enrique Heine, Wolf, Blowitz, Tourgueneff, en nuestros tiempos.

Personajes extranjeros de la más alta distinción social ó intelectual, se mezclan al mundo parisiense y forman su sociedad cosmopolita, brillante y exquisitamente fina. Esos viajeros distinguidos se saturan del espíritu francés transportando á la distancia sus reflejos y llevan, á lo lejos, su luz prestada, pero siempre hermosa, como luz de luna. No se limitan á la simple alegría de vivir en el boulevard, ó de cortejar actrices, ó de preparar el Menú fantástico de una comida chez Bignon, con vinos de á cien francos la botella; siguen atentamente la vida artística é intelectual, las nuevas corrientes de pensamiento, el problema planteado en la última pieza de teatro, la conferencia de un escritor ó de un viajero ilustre, el concierto de un gran pianista; el cuadro de un artista nuevo. Aspiran esas flores odoríferas de civilizaciones refinadas y llevarán, más tarde, á su país, un recuerdo imborrable.

Nosotros los americanos, y en particular los chilenos, preferimos la ostentación de una existencia falsa y ridículamente aparatosa, tan gráficamente denominada *rastaquere*.

No comprendemos la elevación moral de una vida de cultura silenciosa y modesta, sin pretensiones ni vanidades. El americano pretende imponer su persona arrojando luses por la ventana, pagando los objetos por cuatro veces su valor, vistiéndose y exhibiéndose con lujo exagerado y, en ocasiones, importuno. Algunos se improvisan condes y se plantan corona. En uno de los hoteles de París encontré, años atrás, uno á quien los mozos llamaban "El Señor Marqués del Almendral". Lo había hecho, sin duda, en memoria de su abuelo que tenfa en ese barrio una zapatería.



Pocos son los chilenos que se consagran en el extranjero al estudio útil de las instituciones sociales, de las fábricas, de los variados aspectos del arte y de la ciencia. Los pensionados sue-

len aprender medicina ó ingeniería en los Café-conciertos, entre bocks de cerveza y canciones más ó menos alegres, entonadas con la gracia peculiar de la excena parisiense.

Justo es, sin embargo, recordar las penurias y sacrificios infinitos de unos cuantos jóvenes, futuros grandes médicos ó artistas de talento. La vida de algunos, como Simón González, ha sido una odisea memorable y heroica. Jóvenes profesores de Chile se han encaminado á Europa, á perfeccionar sus estudios, sin ninguno de los auxilios pecuniarios del Estado, en tercera clase de un vapor, corriendo y llevando la existencia mísera del emigrante. Esos serán, tal vez, los triunfadores de mañana, los que nos traigan alguna idea nueva ó algún hermoso libro.

En cambio, el impulso aparente de negocios de la época tan tristemente célebre del resurgimiento, permitió el derroche de dineros adquiridos en el bacará de la Bolsa. Muchos fueron á Europa á disipar en unos cuantos meses la riqueza fácil de las ganaderas sin ganado y de las salitreras sin salitre. Volvieron para contemplar, de vuelta á la patria, el rostro ceñudo de sus acreedores á quienes contestaban, con la mayor tranquilidad del mundo: "¿Cómo quieren ustedes que les paguemos? ¿Acaso no saben que el deber es sagrado?". Seguían el conocido refrán español: "Cobra y no pagues, que somos mortales".

Y así, paulatinamente, en medio del exodo brillante y alegre de emigraciones rociadas en champagne, se fué agotando el capitalito del papel moneda, sin crearse nuevas industrias, sin aumento de la riqueza privada, sin beneficio positivo. Los Marqueses de Talagante y los Condes de Colina trafan los bolsillos vacíos y tenfan solamente de cruzados la chaqueta á la moda.

Con razón hablan los periódicos, tanto en Chile como en la República Argentina, de las pérdidas que representa, así para uno como para otro país, la residencia prolongada de sus nacionales en Europa y los frecuentes viajes al Viejo Mundo. Se comprende que algunos millonarios lo hagan, y sirvan con eso de propaganda ó defensa en el extranjero de nuestros intereses y de nuestro prestigio; pero no se puede aceptar que cuantos hagan un pequeño negocio de bolsa vayan á derrochar sus ganancias á París, en vez de prepararse, con ese pequeño capitalito, el bienestar futuro en su patria.

Es justo confesar, al mismo tiempo, que parte considerable de ese afán de los chilenos por la emigración es culpa nuestra. No nos esforzamos cuanto debiéramos por hacer agradable nuestra vida. No tenemos teatros sino de tarde en tarde, y de Opera sólo breve temporada. Jamás se ha dado paso alguno para el establecimiento de un Teatro Dramático permanente, como el Teatro Francés ó el Odeón de París, subvencionados por el Gobierno. Existe, sin embargo, entre nosotros, afición decidida por los espectáculos. Basta que llegue á nuestras playas alguna buena actriz, como María Guerrero, ó algún actor de primer orden, como Erneste Novelli, para que se llene el Teatro. La sociedad les prodiga aplausos y dinero, se emociona, se preocupa de arte y lo comprende. Las mujeres de nuestra sociedad son cultas, delicadas y refinadas; son capaces de sentir y de inspirar todo lo bello.

Es, pues, incomprensible que vivamos preocupados de cuestiones hípicas y de fomento de razas caballares, sin acordarnos de fomentar un poco de arte dramático. Serfa de creer que, en Chile, damos importancia mayor á los caballos que á los hombres.

Una parte microscópica del dinero derrochado en aventuras financieras y en sociedades equívocas durante los últimos años, habría sobrado para la construcción de un par de teatros magníficos, en los cuales hubieran funcionado compañías dignas de un país próspero y culto. Y acaso los accionistas hubieran contemplado, por primera vez, qué cara tienen los dividendos.

Hagamos la vida fácil y alegre; abandonemos nuestro aspecto de empresarios de pompas fúnebres; seamos un poco más vividores; aprovechemos lo mucho bello y bueno que en el país existe, y con eso disminuirémos considerablemente el afán de los que emigran desesperados de aburrirse en "Esta copia feliz del Edén".

L. O.